"TAKY"

Francisco Miguel Cubero Lorón

Capítulo 1

"TAKY"

Pedro Tacón, "Taky", para sus colegas, alzó el cuello de su cazadora bomber para protegerse del frío, subiéndose también la cremallera hasta arriba. Cerró sus manos, y las puso hechas dos puños junto a su boca para calentarlas con su aliento perfumadito de Larios, de tabaco de liar mezclado con la última chinita que le quedaba, y del torrezno reseco que le habían servido a modo de la comida de ese día, en el bar "Caballo Blanco", cercano a su casa, y donde solía juntarse con el resto de amigos de aquél barrio suyo, que era como un vertedero de casas en desguace que se sostenían en posición casi vertical, gracias al apuntalamiento que periódicamente y para evitar males mayores, iba realizando el Ayuntamiento siempre como una medida provisional, que aguantaría en tanto que los inquilinos no tosieran demasiado fuerte, como les decían con mucha retranca los técnicos del Departamento Municipal de Mantenimiento del Patrimonio Inmobiliario. Es decir, los albañiles que el Ayuntamiento enviaba cuando el edificio en cuestión comenzaba a dar los estertores que ya parecían, los finales.

"Essto..., ssí...", había dicho uno de los clientes del "Caballo Blanco", señalando con su barbilla a la estufa de carbón encendida que había en medio de aquél austero negocio de hostelería, frecuentado mayormente por gente que tendría que ser joven según sus carnets de identidad, pero que parecían tener todos 10 años más de lo que se indicaba en cada uno de sus documentos. Casi que, "el Mandangas", tenía que poner sus manos a calentar junto a la estufa mediante el sistema Braille, porque el humo de un cigarrillo que llevaba colgando del labio inferior, cegaba sus ojos. Como en la canción.

"Essto..., ssí quéss calentar como Dioss manda..., y no la mariconada ésa del gass ciudad, ni hosstiass..., que ponen en lass casass de loss fachass...", insistió "el Mandangas", aleteando un poco sus ojillos achinados por el orujo, para apartar algo del humo que le subía de su cigarro liado sin mucho esmero. Ni se había fijado que pusiera "Prohibido fumar", en un cartelito fijado a la pared y cagado de moscas. Tampoco el dueño se iba a poner a malas con él por algo así, siendo que era un cliente legal y que, tarde o temprano, le pagaba toda la deuda que iba contrayendo con sus consumiciones y las de sus invitados, tras pronunciar el consabido, "Nen..., apúntamelo en mi cuenta", si justo en ese momento sólo llevaba billetes de alto valor. "Nen" es, "niño", en catalán. Una costumbre lingüística que se trajo de cuando estuvo preso tres años en la cárcel de Quatre Camins, cercana a Badalona y a Mataró, porque sólo había conseguido herir con su navaja a un camello de medio pelo, cuando

su intención era la de cargárselo para hacerse respetar entre los "del negocio".

En definitiva: un tipo de ley, cuya generosidad llegaba hasta en el modo de repartir las eses a tutiplén, dentro del escueto vocabulario que usaba para comunicarse. Y que tampoco se complicaba la vida a la hora de clasificar al género humano: estaban, "él", y, los "como él" en este lado, siendo el resto..., "los fachas". Mucho más..., no solía explicar porque los que le escuchaban sus discursos, apoyados todos en esos vasos de cerveza que levitaban contraviniendo las leyes de la gravedad, lo tenían tan claro como el propio "Mandangas".

Pedro Tacón, "Taky", se metió las manos en los bolsillos de la cazadora para buscar su calor e, instintivamente, comenzó a rascar la tela donde siempre solía encontrar algún resto, aunque fuera diminuto, del aromático hachís pero, hoy, sí que estaban vacíos del todo: ni calor..., ni una minúscula chinita..., ni la bolsita de 20 grs. del tabaco ése, "Apache Blend American", que era el más baratito que podía comprar en el estanco. Ahora recordaba que hacía ya un rato, había tirado arrugada y vacía, la última bolsita comprada un par de días atrás. Bueno, seguro que al llegar a casa, algún colega le prestaría un poco de tabaco. Y con algo de relleno si tenía suerte. Eso era la solidaridad: hoy por ti, mañana por mí.

En el barrio aquél, joder, pensaba "Taky", parecía que se refugiara el frío resguardándose entre esas callejas estrechas donde estaba a salvo de los rayos del sol, excepto cuando a éste, y sólo al mediodía, se le veía entre los edificios al encontrarse en la parte más alta de la curva inclinada que trazaba en el invierno, mientras giraba alrededor de la Tierra.

Llegó a su portal, oscuro y más frío que la misma calle, donde tuvo que agacharse un poco como cada vez que lo atravesaba, para evitar una gavilla de cables de electricidad que provenían de diferentes contadores de las viviendas de alrededor, en una cadena de enlaces eléctricos sin inicio conocido, con el benéfico fin de no tener que pagar por ella ni contribuir para bien, en la cuenta de resultados de la suministradora de ese servicio.

El edificio de sólo cuatro plantas, carecía de ascensor desde que lo construyeron allá por 1876, según una baldosa de cerámica rotulada en color azul e incrustada en el enlucido y que por la desidia de generación tras generación, nadie se había molestado todavía, ni en arrancarla, ni triturarla, olvidada por los vecinos quienes sólo miraban para arriba anhelando verse ya en su destino, cuando iban a comenzar el ascenso de aquellos escalones altos hechos a mala conciencia.

Pedro Tacón, "Taky", que casualmente vivía en el piso último, diseñado con esa atrevida línea abuhardillada que tanto se llevaba entre las clases más humildes, llegó resoplando y con sus encanijados muslos casi que en

carne viva, y prometiéndose que sí, que ya no pensaba volver a fumar en tanto no tuviera tabaco. Y como por arte de magia, con su esforzado ascenso..., se le había pasado el frío. Qué cosas.

La puerta, sin cerradura, se abrió ante él al empujarla con un pequeño esfuerzo, y al suelo cayó un papel de periódico doblado en varios pliegues que permitía, a modo de cuña, el que la puerta no la abriera también el viento. Era un incordio ese sistema, pero como sólo se usaba en la época del frío, pues tampoco era para estar invirtiendo en una cerradura en condiciones.

Los cables de la luz que ascendían por la escalera, entraban en su piso por un agujero practicado en la pared e iban a parar, uno, a la televisión que disponía de su propia antena que en un tiempo fue de las telescópicas y, ahora, sólo un cable que según el día, iban cambiando de lugar de enganche al techo inclinado para mantener sintonizada la imagen. Los otros dos cables de la luz, servían para el hornillo eléctrico de dos placas, y para una estufa situada en medio del caos.

Cuando entrabas en la casa, comprendías qué era eso del "caos estático" teorizado por los presocráticos. Un sofá frente al televisor, devenía en cama, a la noche. En sus laterales, dos sillones cuyos cojines pasaron a la historia en algún momento y, en su lugar, dos tableros de formica cortados, eso así, a la medida justa del sitio que ocuparía su cojín, acogían amorosamente el culo de los que en ellos se sentaban.

Entre la televisión y el mobiliario indicado, una mesa de estilo incierto que alguien rescató del contenedor de unas obras, y sobre la que había varios ceniceros repletos de colillas aplastadas o consumidas lentamente sin ayuda de nadie, botellas de cerveza, vasos usados alrededor de los cuales, en invierno, no revoloteaban las moscas. Una cuerda que iba de una pared a la otra, servía igual para tender ropa que por algún error hubieran lavado, que colgaban las chupas, jerséis y otras prendas de abrigo que se iban quitando sus moradores, al llegar. Y que eran cinco, en total: dos parejas y "el Taky", que ya nació así, single, tal cual.

La pareja con más antigüedad en la vivienda, tenía derecho al uso de la única habitación de la casa que, justamente, cuando Pedro Tacón entró, en ese momento una de las parejas estaban follando en ella y que, al no tener puerta, hacía el acto ése como algo más campechano. Por lo de compartir con los demás los buenos momentos, quiero decir. Esos eran, Fran y Maricarmen, una pareja muy unida desde hacía mes y medio.

Fran, aprovechando que era cojo, no trabajaba y se dedicaba a ir por los tranvías, pidiendo. Robar, no, que no era conveniente. De esto, se dio cuenta cuando en el primer y único intento de robo de una cartera que cometió en su vida, la abuela expoliada le dio alcance enseguida, y tuvo que devolverle la cartera (monedero, más bien) tras los bolsazos que ella

le propinó, recién la señora acababa de comprar un pollo gordo, un kilo de jureles, y dos botellas de anís, todo debidamente ordenado en el bolso con el que se defendió. Aprendió además, en ese día, otra sabia lección: que el anís, no es la bebida más aconsejable para un cojo. Cosas de la vida.

Maricarmen, más pragmática y con unas ideas desprejuiciadas, por 10€, hacía mamadas sin salir del entorno del barrio, por lo que sus ingresos eran limpios (también en el aspecto fiscal) ya que no tenía que gastar en autobuses como los que trabajan en algún polígono industrial en los extrarradios. Mantenía una serie de clientes fijos, mayormente varones, con los que volcaba todo su saber hacer, y dejándolos aviados en dos minutos. Algunos días, precedida por la fama adquirida, es que no daba abasto, sobre todo cuando era final de mes y la gente acababa de cobrar la nómina con las horas extras bajo mano. Entonces, sí que sentía aquello como una labor estresante. Fuera de esos días, no: ella iba a su marcheta, uno detrás de otro..., pero sin agobios.

Fran, que era uno de sus habituales, se enamoró de Maricarmen, de su personalidad principalmente, aunque también valoraba sus habilidades para llevarlo al gozo superlativo. Corto, sí..., pero superlativo.

De modo que una mañana, y mientras ella se afanaba en terminar rápido su servicio con él, Fran, se le declaró y le juró amor eterno entre aquellos estertores finales producto de tanto cariño como estaba recibiendo.

Maricarmen, que era una romántica empedernida, tras escupir los restos del naufragio, le correspondió con un "sí quiero" todavía pastoso, porque una alianza de los ingresos de ambos, le permitiría una vida con más lujos de los que hasta ahora se había podido ir dando. Y Fran, sería todo lo cojo que tú quieras, pero a juzgar por los alaridos que Maricarmen daba desde la cama de su habitación y la cabalgada al galope tendido del ligero cuerpo del muchacho, se vislumbraba que éste..., tenía que ser un artista. "Ah..., el amor...", pensó Pedro Tacón, "Taky".

"¿Qué pasa, troncos? Estos..., siguen tan enamorados como al principio, ¿eh...?, y llevan ya un mes y pico, los tíos. Qué fuerte les ha dado, colegas. Vosotros... ¿no os animáis?", dijo Pedro a los formantes de la otra pareja, sentados en el sofá contemplando las aventuras de unas parejas de la tele, en un programa educativo de Telecinco sobre cómo sobrellevar la farragosa vida del amor.

Estos otros eran..., Oktavio, a quien ya no le cabían más aretes en las orejas, cejas, orificios nasales y labios..., y Pili, una chica normal, cajera en una franquicia pequeñita de Dia situada en la esquina que estaba al final de la calle, y a cuya dueña no le gustaban las empleadas extravagantes. Así que los aretes que Oktavio le iba regalando tras cada polvo sublime (no todos merecían esa designación, sobre todo cuando Pili

volvía a casa, cansada), iban adornando su parte invisible y que, realmente, viniendo de fábrica con tantos adornos naturales... no los precisaba porque era llover sobre mojado. Pero, una vez puestos, no quedaban mal y tenían su aquél.

"No, tío, no, nosotros preferimos ir paso a paso, que esto de las parejas es como caminar atravesando un campo de minas: a la mínima..., ¡¡buuúm...!!, a tomar por culo la relación. Las tías son muy complejas, "Taky", ya lo verás cuando te eches una novia de las que, a los cuatro días, ya sólo piensan en amarrarte y darte la tabarra con el puto compromiso, joder, que sólo se saben esa palabra: compromiso. Que si compromiso paquí..., que si compromiso pallá...

Y nosotros, acogotados como estamos ante sus estímulos sexuales, pues... caemos rendidos ante ellas y les prometemos lo que haga falta por echar un kiki. De ahí, a querer casarse, ya sólo media un paso, te lo digo yo, "Taky", hostias..., que es así. ¿O no, Pili?"

Ésta, sonrió maliciosa, como dándole la razón sobre las artimañas femeninas para conseguir ese compromiso que no estaba muy claro en qué consistía, ni qué se pretendía con él. Pero, al igual que las meigas, haberlo..., lo había. Y Oktavio, a su modo, era un filósofo formado en los mejores antros cerveceros de la ciudad, donde sumando el comentario de éste, con el de aquél, más el otro de acullá..., añadidos todos a sus propias observaciones sobre la vida, había ido formando un mosaico de criterios básicos pero certeros que, prácticamente, abarcaban todo el saber humano conocido.

Esto era lo que Pili más admiraba en él. Y el que no se vendiese por cuatro perras ante los explotadores laborales, prefiriendo antes vivir estoicamente sólo del magro sueldo de ella, que rendirse. "Conciencia de clase: eso es lo que hay que tener, conciencia de clase", repetía muy a menudo cuando los amigos le insistían en que se cogiera lo primero que le saliera porque estaba todo muy mal, como para andarse con tantos remilgos. Y Oktavio, retomó de nuevo la palabra:

"A ver si Pili consigue ahorrar alguna perra en tanto estemos aquí, viviendo by the face gracias a la resistencia okupa contra la banca y la gran patronal y, ya, si eso, más adelante..., pedimos una hipoteca en algún banco, que están que se tiran como locos a concederlas en cuanto uno levanta la mano pidiendo información, y nos compramos un piso con el aval de mis suegros. Y, así, poco a poco, vamos formando un patrimonio. "Pero que conste todo en el Registro de la Propiedad", me han advertido los padres de Pili porque, si no, llega cualquier jeta, y te lo jode. Listos..., que hay muchos listos: eso es lo que pasa. ¿O no, Pili?", añadió Oktavio como colofón a su disertación sobre lo complejo de aunar psicologías masculina y femenina, tan dispares ellas, y de esos métodos

para ir acumulando capital, casi que sin darte cuenta.

Pili, asintió con la cabeza, y esbozó una sonrisa de orgullo porque su novio se las supiera todas.

"Bueno, "Taky"..., y tú, qué..., ¿cuándo te vas a traer a alguna chavalita por aquí..., o es que no te comes un rosco?", le preguntó Oktavio con un poco de mala leche.

Pedro Tacón, tras apartar todos los restos de pizzas varias ya fosilizadas, así como los huesos de olivas verdes resecos diseminados por el tablero de formica de uno de los sillones, se sentó en su acogedora superficie. Al pisar en el suelo, notaba el crepitar de la nueva capa de compost que acababa de depositar en él, tras aquél acto de limpieza.

Antes de contestarle a su compañero de piso, se puso a palpar por sus bolsillos como si supiera que el paquete de tabaco que no existía, tuviera que estar en alguno de ellos.

"Okta..., ¿no tendrás algún cigarrito por ahí, que no sé dónde se me ha quedado mi tabaco?". Pili, anticipándose, sacó un paquete de Winston y se lo ofreció.

"Joder..., Pili...: Winston y todo..., cómo se nota que manejas pasta, ¿eh...?. Gracias", le dijo "Taky" tomando uno. Lo encendió, aspiró su dulzón aroma y notó la diferencia con el tabaco al que él estaba acostumbrado. Le hacía un poco de duelo expulsar aquél humo de calidad, pero tenía que contestarle.

"Imposible que esto sea malo como dicen los médicos", reflexionó Pedro para sí mismo, mirando la brasa humeante del cigarrillo. Por fin, comenzó:

"Mira, Oktavio, sí que me he comido más de un rosco de esos que tú dices pero, por ahora, no me he quedado enganchado a ninguna, o ninguna se ha quedado enganchada a mí. Y así, estoy mejor. Yo..., esto de casarse, tener hijos y formar una familia, eso no va conmigo, formalidades de una sociedad castrante, y con un Gobierno que para cualquier cosa te pedirá 3, si pretendes que te devuelva 1. Paso de esta mierda, ¿sabes? Bueno, conmigo..., ni lo han intentado, ya ves, como si yo fuera un pringao. Lo tienen claro.

Y mira cómo nos tienen, aquí, en esta mierda de buhardilla en la que si quieres cagar, te tienes que salir al cuartucho ése que alguien haría alguna vez en esa galería enana, que se puede perdonar el ir porque no se te congele el culo. O asados de calor, en el verano.

¿Dónde coño están las casas sociales para los pobres? ¿Y la ayuda ésa mensual que nos corresponde por haber nacido en este paraíso capitalista, en donde cuando comienzas a trabajar para los ricos, entras en su rueda y ya no tienes güevos a salirte ella porque si no, no puedes terminar de pagar la casa, el coche, los muebles, o la televisión, eh...?

Futuro... ¿de qué futuro nos hablan? Ni pensiones cobraremos cuando seamos viejos, después de haber estado trabajando como esclavos por cuatro perras...".

"Pero, tú..., "Taky", como yo... ¿cuándo has trabajado alguna vez, como para sentirte un esclavo?", le preguntó Oktavio.

"Yo..., no, pero mis padres, sí. Y mis abuelos, también, que se tuvieron que venir del pueblo porque allí se morían de hambre bajo la mirada del puto alcalde, del cura, de los tres caciques y de la Guardia Civil, que se creían dioses, cabrones...

Así que, a mí, no me joderán. ¿Que un montón de capullos quieren pagarles a los de Hacienda trabajando como resignadas hormiguitas para que nos den unas putas migajas en forma de médicos, escuelas y carreteras...? Que les follen, tío, que no soy un gilipollas: a esta vaca hay que explotarla hasta que reviento del todo".

"¿Y después...?", le preguntó Oktavio, para quien esta situación en la que vivían ahora, nunca se la había planteado como un modo de vida perpetuo, aunque para salirse de ella tuviera que ser a costa de Pili y sus padres.

"¡Qué coño, "después"!, ¿de qué "después" me hablas?. Yo qué sé tío, nunca pienso en el después ése, sólo el presente, siempre es el presente lo que se vive. Pasado y futuro, no existen. Eso nos quieren hacer creer, que el futuro está allá, esperándonos, y que hay que ser buenos si quieres tener un hueco en ese futuro. ¡A la mierda el futuro también, en donde nadie te garantiza nada! Que entremos en su rueda, eso es lo que quieren todos ellos, los capitalistas, los curas, la gente "de bien", para que formemos un rebaño manso vigilado por los maderos, armados de sus escudos, de sus cascos, de sus porras y..., para los más rebeldes..., hasta de sus pistolas.

No teniendo nada..., no pierdo nada. En cuanto tienes algo..., has mordido el anzuelo que creías con un gusanito ensartado en él. Y aún te digo más...". "Taky", iba a seguir su discurso dirigido contra todo lo que se meneaba, cuando oyeron que alguien daba unos golpecitos delicados en la puerta. Los tres, se quedaron en silencio porque, no esperaban a nadie. A los del cuarto sin puerta, tampoco se les oía porque se habían

quedado dormidos.

Después de mirarse los tres, interrogándose quién podría ser, "Taky", decidido, se dirigió hacia la puerta y la abrió.

"Ho... hola..., soy Laura. Me han dicho que pregunte por "Taky". ¿E... eres tú, por casualidad?". La que así hablaba, era una joven como de unos veinte años, morena, un pelo afro de los que ya casi nadie llevaba, con unos enormes ojos negros que miraban con una inocencia descarada. Ante su belleza, claveteada con algunos piercings, "Taky" se quedó sin palabras hasta que, al final, reaccionó.

"S...sí, soy yo. ¿Qué quieres..., y quién te ha dicho que preguntaras por mí?"

"Es que me he ido de casa de mis padres, así, sin rumbo fijo, y me he metido en el bareto ése del "Caballo Blanco" y allí he conocido a uno que le llaman "Mandangas" o algo así, pasadísimo, él. Pero, bueno, le he contado que necesitaba una casa para quedarme alguna noche hasta que sepa qué quiero hacer..., y me ha dado esta dirección y tu nombre. Pero veo que estáis muchos..", dijo Laura cuando vio que también salían de su cuarto Fran y Maricarmen, que todavía sin despertar del todo ni sentir aún el frío de la buhardilla, habían aparecido en pelotas. Habría sido un cuadro, aquél, que tirara para atrás a cualquiera, viendo a esos cinco habitantes y el medio natural en el que se desenvolvían.

Pero para Laura, aquello, se le antojó... la libertad. Estaba pasando, del orden inalterable de la casa de sus padres y sus firmes convicciones vitales, que a ella le resultaban asfixiantes por carecer del derecho a expresar los sentimientos de sus veinte años recién estrenados..., a este caos, a este desorden sin reglas aparentes que le parecía el súmmum, la hostia.

"Entonces... ¿qué quieres..., quedarte aquí con nosotros, sólo unos días...?", le preguntó "Taky" mirando hipnotizado a sus ojos negros. A la vez, miró también a los otros cuatro, para ver qué opinaban del deseo de la chica y, como vieron que él parecía no desaprobar su estancia, se encogieron de hombros, que equivalía a un sí con el que nada se perdía.

"Igual, seis..., ya seríais muchos, ¿no...?", preguntó Laura, mirándolos uno a uno.

"No..., no, para nada, Laurita, aquí..., en esta comuna minimalista, todos son bien recibidos. Y más, si es una monada como tú. Sólo tenemos un cuarto, que lo ocupamos Fran y yo pero, la cama es grande y puedes caber en ella, tú, también. "Taky", duerme en el sofá, y Oktavio y Maricarmen, tienen estos colchones del suelo, uno para cada uno. Ya ves que, por sitio, hay. Si no te importa, y para que Fran no te moleste, yo

puedo dormir en medio de los dos y así estarás a salvo..., de él", dijo Maricarmen, que entre sus escasos prejuicios, tampoco entraba el de excluir por sexo, a nadie. Fran, celoso de las posibles intenciones de su amada, le dio un codazo para que se callara.

Oktavio, para romper el silencio tras las palabras de Maricarmen, se fue hasta la puerta y la cerró. El frío de aquella escalera, tenía obsesión por metérseles en casa. Ahora todos miraban a Laura, esperando su decisión.

Ella, miró a Maricarmen intentando interpretar sus palabras, que parecían más un proposición deshonesta que una desinteresada acogida. Acto seguido, se puso a observar los colchones del suelo que aparecían con sus fundas quemadas de cigarrillos, y artísticamente adornadas con manchas de líquidos de origen incierto, de pisadas, de grasas varias y restos de comidas, y con las ropas de dormir formando un rebujo al lado de cada uno de ellos. "El suelo..., muy caliente no debe de estar", pensó, mirando a continuación al trozo de cama que se veía a través del marco en donde en su día habría una puerta y una intimidad al otro lado. Volvió a mirar a Maricarmen con una extraña sensación y pensó que, bueno, que dos o tres noches..., hasta en la cárcel se pasan.

"No hará falta, Laura: tú, puedes dormir en el sofá que yo..., ya me apañaré como sea. Seguro que algún vecino tendrá colchones de sobra o que no vaya a usar por unos días y me lo subiré. Cuantos más durmamos en esta casa, más calentitos estaremos. ¿No te parece, Laura?". Y a la vez que "Taky" le hacía la pregunta final, echó una mirada furiosa a Maricarmen porque ella ya tenía a Fran, que sería cojo pero no, manco.

"Bueno..., que elija Laura lo que quiera pero, como en nuestra cama..., no va a estar en ese sofá. A una mala, también Fran podría dormir en él. O en el colchón ése que va a localizar "Taky". Total, a los chicos les da igual, que son más sufridos que nosotras. Ahora que, a mí, tanto se me da: cama, ya tengo. Tú, misma...", terminó Maricarmen con esas palabras finales de falso desdén.

"Mira, yo te agradezco tu ofrecimiento, Maricarmen, pero no quiero molestar más que lo mínimo imprescindible. Aunque no te digo que algún día no pruebe esa cama. Por comparar, lo digo. Pero, por hoy, mejor..., me cojo el sofá que tan amablemente me ha ofrecido "Taky". Y total, no serán más que dos o tres noches. Si me dejáis estar, claro".

"Claro que te dejamos, Laura, y contentos de que aceptes nuestra humilde morada", dijo un "Taky" solícito con la chica. Siguió, a continuación, dirigiéndose al resto del grupo de la "Comuna Durruti", como ponía escrito con spray en la puerta de entrada a la buhardilla:

"Mirad. Yo, ahora, voy a bajar a hablar con los del segundo, con el Carlos, que esos seguro que tendrán algún colchón libre y mientras,

vosotros cuatro...", ahí miró a sus amigos, dejando de lado a la chica, "...vais a ordenar toda esta mierda que hay por aquí. Y vosotros dos, vestíos, que no son formas de recibir a una visita, joder, que todo se va quedando "para mañana..., para mañana...", así que... ¡hala, a darle!, a ver si cuando suba con el colchón, ya está todo en condiciones". Sus amigos alucinaban al oírle hablar de limpiezas y de orden, a él, al que quería que el mundo se fuera a tomar por culo con todos dentro, como si por un sumidero desapareciera toda esta sociedad que odiaba sin saber por qué.

"Bueno, yo os ayu...", iba a terminar de decir Laura, que se sentía como presunta causante de aquél arrebato purificador de "Taky" y no quería que ya, de entrada, la fueran a culpabilizar por el efecto protector que su belleza asaeteada había despertado en él, transfigurando a quien parecía ser el que mandaba allí.

"No tienes que ayudar nada, que todo esto es de nuestra cosecha. Si quieres, deja tu mochila por ahí y me acompañas a ver al Carlos, a ver si solucionamos lo del colchón. Y ya está todo dicho: tú, esta noche..., al sofá, que es donde menos mal estarás y con la estufa al lado", dijo en un tono de mandón acolchado que le dirigió a la chica. La mirada a los otros, fue más un reto a ver quién osaba contradecirle. Todos, parecieron pensar: "Éste..., no es nuestro "Taky", que nos lo han cambiado", pero callaron.

"Vamos, Laura", le dijo agarrándola por un hombro de forma cariñosa y ella, se dejó proteger, saliendo de la buhardilla.

"¿Es la primera vez que te vas de casa?", le preguntó mientras bajaban la refrigerada escalera.

"Sí...", contestó como temiendo parecer una novata que, mañana mismo, volvería al redil porque la libertad no tuviera casi más que inconvenientes.

"¿Y por qué te has ido..., tenías problemas con tus padres?", insistió él. Era guapísima, pensó mientras se interesaba por ella. O se interesaba por ella porque era guapísima. Odiaba que se le notaran sus puntos débiles.

"No..., qué va..., si no sé por qué lo he hecho. Bueno, sí: me he discutido con mi madre porque me ha dicho que tenía mi cuarto "como una leonera", expresión que suela usar cuando ve que lo tengo sin ordenar. Y me he hartado ya de oír la puta frase suya, y le he amenazado con que me iba a ir de casa. "Pues vete", me ha contestado porque también mi madre los tiene bien puestos. Ni yo quería irme, ni ella quería que me fuera, seguro. Yo pensaba, mientras metía enrabietada unas pocas de mis cosas en la mochila que has visto, que me iba a pedir que no me fuera, pero no ha sido así. De modo que hemos echado ese pulso que

creo que las dos hemos perdido. Y aquí estoy. He mirado el móvil varias veces..., pero no me ha mandado nada", terminó de decir Laura mirando a "Taky" buscando su comprensión. Ella, no era consciente de su propia belleza, ni de los efectos destructivos que estaba causando en la costra de rebelde antiguo de su compañero. Pero sus ojos negros, brillaban sujetando unas lágrimas que conseguía retener a duras penas.

"No sé, Laura, igual me equivoco pero creo que vienes de una vida confortable, donde seguro no te ha faltado de nada. Aunque estoy contento de que hayas venido con tu imagen de cañera frágil, esta vida nuestra..., no es sencilla. Más bien, es muy dura. Y la mayoría no la hemos elegido voluntariamente, sino que ha sido la vida la que nos ha elegido a nosotros.

Sí: no trabajamos, ni estamos sometidos a jefes, ni a nadie, ni a nada. O eso parece. Ante los demás colegas, finjo ser el fuerte, el duro, o el puro que no se doblega ni cae en las trampas, el que ni ama ni es amado porque no le es necesario y aunque muchas veces me lo replanteo..., tengo miedo a verme convertido en un mierda, en otro mierda como veo a aquellos que no son como yo. Pero tengo dudas de cuánto de lo de ellos me estoy perdiendo..., por ser así. A veces..., quisiera tener algo o a alguien...", y aquí miró fijamente a los ojos de la chica, "...que me arrastrara fuera de este mundo en el que vivo. Alguien a quien amar y por quien ser amado.

Joder, Laura, creo que es la primera vez que hablo así con alguno de los que me relaciono, siempre todos en nuestros papeles de inconformistas contra viento y marea. También la buhardilla ésa nuestra, no te equivoques, es una representación en pequeñito de lo que es el mundo: egoísmos, envidias, amores volátiles, momentos de solidaridad, mentiras, frío, calor, mugre..., y sexo, bastante sexo, para tapar todo aquello que no tenemos. Los compañeros se van renovando a cada poco, pero los que llegan vienen con parecidos bagajes. Yo, suelo renegar todo el día del futuro, pero no porque no exista como suelo decir, sino porque no lo tengo.

Han venido otras chicas, pero no eran como tú. Ésas, ya habían pasado por otras buhardillas similares y sabían que eran viajeras de la nada, mientras durara. Las veía y acabábamos follando porque no teníamos nada más que ofrecernos. Vidas vacías que se juntaban para encontrar algo de calor y muy poco de humanidad, durante ese rato". Ahí, terminó de hablar "Taky", porque había llegado al piso donde Carlos, podía prestarles ese colchón.

"Laura, es distinta", pensó antes de llamar. "Que se quede esta noche, al menos, por favor", rogó en silencio mientras esperaba a que alguien

abriera la puerta. La chica, disimuladamente, consultó su móvil.

En la buhardilla, los cuatro se habían puesto manos a la obra para que el propietario moral de la vivienda lo encontrara todo más ordenado, escobado y cada cosa en su sitio, si lo había. Los muebles, no sobraban y, cinco personas, seis ahora, aunque hubieran hecho voto de pobreza..., pues tenían cosas donde poder dejar en algún lugar que fuera eso, su sitio. Pero qué menos que una apariencia de orden con la que "Taky" poder obsequiar a Laura, el nuevo peligro para esta comuna, tal y como la habían conocido hasta ahora. Ellos lo sabían por el repentino cambio de actitud de él, y su necesidad de agradar a la nueva, la guapa a rabiar, tras haberle aparecido un inesperado instinto protector para con ella, que desconocían.

Para Maricarmen, la presencia de Laura suponía un temor y una esperanza. Temor..., a acabar perdiendo su actual status con derecho a cama. Y esperanza..., por si espoleada con su ambigua sexualidad global, lograba llevarse a su cama a la joven y, con su experiencia todoterreno, sacarla de su ingenuidad transparente y sutil, por si le apeteciera conocer otros mundos. Fran..., no era un problema para sus deseos porque, él, sólo era un mandado al que la Naturaleza, en algún aspecto, sí lo había superdotado. "Pero todo cansa", pensaba ya hacía tiempo, Maricarmen. Quizás aquí se le presentaba la oportunidad de volver a probar una delicatesen, pero más delicatesen que las dos o tres veces anteriores.

El problema era, lo veía claramente, Pedro Tacón. Por alguna razón, no pensó en él como "Taky", que era un apelativo propio de un colegueo más empático, lo que para nada estaba sintiendo en estos momentos. Eso de ponerse en su lugar y en comprender sus parecidos sentimientos por la misma chica..., no entraba en sus planes. Al enemigo, ni agua.

Sabía que Fran no era un problema, pero tampoco una ayuda. So pena que se tratara de formar un trío al que se les apuntaría rápidamente. Ni loca. Tampoco se imaginaba que con aquella carita tan guapa, a Laura le pudiera apetecer algo así, y menos estando por medio el desastre físico y destartalado de Fran. Claro que quizás, todo fueran sólo ensoñaciones suyas que nada tuvieran que ver con la realidad y, la chica, tal y como ella la estaba imaginando, no existiera.

La puerta de la buhardilla se abrió de golpe y lo primero que asomó fue una de las esquinas de un colchón de goma-espuma, cuyo material quedaba al descubierto por uno a los muchos trozos de tela que el faltaba a la funda. Y detrás de ella, el resto del colchón sujeto por Pedro Tacón y Laura, con un resuello acelerado, más por lo imposible de manejar ese volumen en tan estrecha y empinada escalera, que por su peso, aunque tampoco era despreciable.

"¿Qué tal chicos...? Ha quedado bien la buhardilla, así, ordenada, ¿eh...? ¿Te gusta más, Laura..., a que ya parece otra? Bueno, este colchón para mí, ya que le he cedido a Laura mi sofá. Además, mirad, hacen juego los tres colchones: igual de viejos, igual de sucios e igual de rotos", dijo "Taky" riéndose a carcajadas de su propia gracieta. Miró a la chica pero, ella, sólo le sonrió forzadamente porque no le veía la gracia.

"Perdonad... ¿tenéis wáter, no...?", preguntó Laura, temiendo ofender por la duda.

"Sí, ahí, en la galería está. Papel..., creo que no hay, que se acabó ayer, pero tenemos estas servilletas del bar de aquí abajo que según para lo que sea, tendrás bastante. Ah..., y abrígate, que está un poco más frío que esto. Luz, tampoco hay aunque, de día, no nos hace falta ¿Quieres que te acompañe?", le preguntó Maricarmen para que no se sintiera sola, debió de ser.

"No, no hará falta, gracias. Y servilletas..., llevo varios paquetitos en el bolso, de esos pañuelos que te venden en los semáforos cuando vas en el coche, y como nunca sé decirles que no...", contestó Laura. Y haciendo de tripas, corazón, se encaminó hacía el frío-frío advertido temiendo qué se podría encontrar en aquél wáter. Sin saber por qué, se acordó de sus padres..., y les echó de menos. Muy de menos.

Salió a la galería y entró en el cuartucho hecho de tablas, justo para que ocultara el sanitario sobre el que no se atrevió a sentarse para orinar. Ni se atrevió a mirar si aquello estaba limpio o no, y sólo sentía frío, soledad, e indefensión. Y una gran tristeza la invadió en todo su ser. No era así cómo había imaginado tantas veces, la libertad.

"¡Clink!", sonó en su móvil una notificación que por el tono azulado, correspondía a un whatsapp. Por una vez en su vida, deseó que fuera de sus padres, y no de ninguna de las amigas contándole cualquier simpleza.

Lo abrió y era de su padre. Decía: "Hola, hija, ¿cómo estás? Nosotros, preocupados por ti. Creo que hemos llevado esta tontería demasiado lejos. ¿Podemos llamarte y hablar? Para saber que estás bien, y decirte que queremos que vuelvas. Pero, sobre todo, que estás bien. Te queremos y te echamos de menos". El frío del retrete aquél, y el calor de las palabras de su padre, tan paciente tantas veces con ella aunque no siempre la entendiera, la hizo ponerse a llorar como una niña. Pensó quedarse allí adentro hasta que se le pasara ese mal momento, pero el frío se le clavaba sobre las partes de su cuerpo no abrigadas, de forma que se recompuso rápidamente la ropa y volvió con aquellos cinco desconocidos de los que apenas sabía nada, excepto lo que había visto y le había contado "Taky" mientras bajaban por la escalera.

"Estoy bien, sí. No os preocupéis. Ya os llamaré más tarde", contestó a su padre con este escueto whatsapp, para que no se le notara demasiado que se rendía tan pronto porque si no, nunca la tomarían en serio. Y llamarles ahora..., tampoco, o se pondría a llorar como una Magdalena que delataría que necesitaba a sus padres más de lo que su acto de rebeldía pretendía negar.

Buscó, como un acto reflejo, el lavabo donde lavarse las manos y la cara llorosa pero, allí, ni había ni podía haberlo porque no cabría. Salió del retrete y en frente mismo de él, había un pequeño lavadero con un grifo que goteaba. Lo abrió, y sintió el frío del agua que, fría y todo, al menos limpiaba porque se imaginó a sí misma, llena de gérmenes. Y en un trapo sucio y húmedo que colgaba de un clavo en la pared, se secó las manos. Ya casi no había más luz, que la mortecina que salía por las ventanas de las casas de alrededor, que daban todas a unas galerías de parecida factura.

Rápidamente, entró en la buhardilla y notó que estaba menos fría que la galería. Los cinco, la miraban expectantes como extrañándose de que hubiera sobrevivido a la primera experiencia de utilizar aquél wáter..., y a su frío. Vieron sus ojos enrojecidos y "Taky" y Maricarmen..., tragaron saliva. En cambio, Pili, Oktavio y Fran, que no le veían ninguna ventaja a que Laura se quedara con ellos, confiaban en que sólo resultara ser una niña pija jugando a rebelde, a quien la estaría esperando una acogedora casa y unos protectores padres. Simplificando, vamos: los típicos fachas.

Ella, los vio allí parados y como esperando que hablara. No sabiendo qué decir, sólo preguntó:

"Y la ducha... ¿dónde la tenéis?"

Los tres contrarios a que la chica siguiera con ellos, coincidieron en unas sonoras carcajadas porque viendo el conjunto residencial en el que habitaban, la verdad es que tenía guasa su cándida pregunta. Maricarmen sintió lástima por ella y "Taky", aún entendiendo la risa de los tres que hubiera sido también la suya con cualquier otra persona, con Laura..., la cosa era muy distinta.

"¡Ya vale, tíos! No, Laura, no tenemos ducha. Tampoco tenemos de eso. Ni agua caliente, ni una cocina aparte. Lo que abarca tu vista, y el estado en el que está..., es lo que hay. Bueno, y la galería con su wáter de mierda y la pileta donde nos lavamos por las mañanas..., cuando eso ocurre.

Anda, acércate a la estufa, que debes de estar helada. Y no hagas caso de estos", dijo señalando a los tres con su mirada dura, "que se creen muy graciosos". Laura, sintió que sólo tenía ganas de llorar, aunque la comuna Durruti no fuera el lugar más adecuado para ello. Maricarmen, sí

la entendió y se le acercó dándole un abrazo como apoyo de mujer. En esos momentos, no deseó sino mostrarle su comprensión, y con el tacto suave del cuerpo de Laura, ya se sintió suficientemente recompensada por su fraternal acto para con la chica. ¿Cuándo alguien le daría a ella ese amor romántico con el que soñaba, y del que con sus amigos y amigas no se podía ni mencionar? Se separó ahora un poco aflojándole el abrazo hasta sujetarla por los hombros cariñosamente, y le preguntó:

"¿Ya..., Laura?". Y ella, con la cabeza baja, hizo dos movimientos afirmativos, para indicarle que sí, que se encontraba mejor.

"¿Qué vas a hacer, te vas a quedar con nosotros..., esta noche?" Esa puntualización al final de la pregunta, denotaba duda y temor a que la joven tomara la decisión de no quedarse..., ni siquiera una noche.

"Yo..., agradezco vuestra hospitalidad y lamento las molestias que os he causado, pero creo que no está mi sitio aquí. Quizás es que me da miedo la libertad que me he tomado, o que no sea ésta la libertad que busco.

Es dura la vida que tenéis, no sé si la habéis elegido vosotros, ni si tenéis otras opciones de vida pero que rechazáis porque no las veis justas, que no os gustan, o que son unas formas de vida que no os da la gana de aceptar porque ésta, os sale casi gratis.

Lamento no seguir con vosotros para saber de vuestras vidas un poco más e intentar comprenderlas. Porque alguna explicación tendréis para entenderos o para hacérselo comprender a los demás... todo esto", dijo Laura mirando toda la estancia girando sobre sí misma, como si se la estuviera enseñando a alguien que sin estar en su sano juicio, quisiera comprar la buhardilla.

Oktavio, Pili, y Fran, se miraron los tres en silencio, y sonrieron. Maricarmen, hecha ya a la idea de que ese bombón no iba a estar nunca a su alcance, se alegró por la decisión de Laura, porque ella sí que tenía a alguien que le esperaba en su casa, una casa como Dios manda, y con un porvenir quizás también incierto, como el de todos, pero mucho menos que el de estos cinco habitantes que se contentaban con pensar en qué gilipollas eran todos los demás. Claro que, en la buhardilla, no tenían espejos.

Maricarmen, sentía pena de que se fuera, tan guapa y, medio llorando, se le acercó y la abrazó otra vez, muy fuerte.

"Suerte, Laura. A lo mejor, en otras circunstancias..., sí que hubieras querido dormir en mi cama. Qué tonterías digo..., ¿verdad?", le dijo bajito, al oído.

Laura le correspondió, al separarse, con una caricia en su cara, mientras pensaba que Maricarmen se merecía otra vida, o que deseara tener otra vida distinta a la que estaba viviendo.

"Quizás en otras circunstancias, como tú dices, sí hubiera dormido en tu cama, quién sabe", le contestó a modo de despedida. Ahora, intervino "Taky":

"Lamento que te vayas... no sólo de aquí, sino de la oportunidad que yo mismo me estaba danto contigo, como si fueras la balsa en la que huir de esta mi vida-isla que llevo y regresar a tu continente. Ese continente del que, sin ti, reniego porque no es perfecto. Tal vez, porque sólo me empeño en señalar sus defectos. O los que pienso que lo sean, ya no lo sé.

Si alguna vez me vuelvo un perfecto gilipollas, desinfectado y sin chinchetas..., igual..., hasta me atreva a ir a buscarte. Qué cabrón "el Mandangas", mandarte aquí a buscarme. Cuando le vea, le voy a correr a hostias por joderme la vida. Anda, vete, que ya sólo me faltaba que me pusiera a llorar yo también.

Ah..., y, por favor..., no cuentes a nadie lo que aquí has visto ni, sobre todo, lo que te he dicho. El prestigio que tengo en mi entorno..., cuesta mucho de conseguir y mantener". Y al terminar, Pedro Tacón, "Taky", para los colegas, le dio un beso a Laura en la mejilla.

"Igual, convertido en un auténtico gilipollas, desaparecía tu encanto de guerrero perdedor", le contestó Laura devolviéndole un similar beso.

Recogió las cosas con las que había llegado, y les dijo adiós a los otros tres levantando su mano, quienes descansarían ya en paz.

"Taky", galante, le abrió la puerta y dejó que la muchacha saliera de su vida con una última sonrisa, viéndola desaparecer por la escalera cuando giró para bajar al tercero. Al ir a cerrar, puso el papel de periódico doblado entre la puerta y el marco..., y quedó, como Dios. "Algún día, deberíamos de poner una cerradura", pensó.

En el portal, antes de salir a la calle, Laura abrió el móvil y le mandó un whatsapp a su padre: "Llegaré en una hora, más o menos. Quiero caminar un poco, sin prisas". Al instante, su padre le contestó con un, "Qué bien, te esperamos".

Ya en la calle, vio que la gente pasaba con prisas porque tenían frío pero Laura, ni lo notó. Estaba contenta de volver a casa pero, también, de haberles conocido. Anduvo unos cuantos pasos y cuando debía de girar en la esquina, quiso ver aquella casa por última vez. Casi no la reconoció, porque todas se parecían un poco. Si acaso, porque la gruesa gavilla de

cables de la luz que entraba por su portal, la hacía inconfundible. Sonrió al ver aquél manojo y se despidió de él con un: "¡A la mierda, Endesa!"

F I N